

Solución, desde la utopía, a la explosión demográfica

Con motivo de celebrarse en 1974 el Año Mundial de la Población, abordamos en el presente número de REVISTA DE FOMENTO SOCIAL el tema de la explosión demográfica. Y queremos advertir de entrada al lector que, al menos en sus aspectos macro-sociales, lo hacemos desde una mentalidad utópica. ¿No es utopía el ideal de una equitativa redistribución mundial de la riqueza? ¿No lo es el de una comunidad mundial efectiva y el de una autoridad o gobierno a la misma escala? Pues éstos y algunos otros aspectos similares del problema son los que vamos a estudiar en las páginas que siguen.

Pero también conviene adelantar que la utopía, lejos de considerarla inútil, la creemos factor esencial de renovación, de cambio, de progreso, de avance y de libertad. Entendemos la utopía como categoría social crítica, frente al pensamiento antiutópico que suele aparecer como apología del orden establecido. «Una conciencia es utópica—escribe Mannheim—cuando no coincide con el ser que la rodea.» Mas la utopía, para ser auténtica, no se satisface con negar. Las utopías, como dice Lamartine, no son a menudo sino verdades (realidades) anticipadas. Por eso sería razonable abrigar el temor de que la desaparición o anemia de la conciencia utópica—en favor de un mero asentimiento al orden establecido—implicara también la desaparición de la fantasía humana. La muerte de la misma libertad humana. Porque la libertad necesita de la fantasía creadora, de renovadas experimentaciones culturales, del explorar más allá de los datos conocidos. Por eso la utopía no es algo inútil; es, por el contrario, una idea-fuerza esencial a la libertad humana y a la voluntad de progreso cualitativo. La alternativa a la conciencia utópica no es otra que el estancamiento y la rutina. El hombre no puede renunciar a la utopía (ni a la esperanza) sin renunciar a sí mismo como proyecto de futuro. ¿Como proyecto de futuro aun contra el «fracaso» definitivo de la muerte? Sí; para el creyente, aun como proyecto de futuro contra el «fracaso» aparentemente definitivo de la muerte.

En el tema que nos ocupa y desde esa perspectiva, condicionamos la solución a la explosión demográfica a escala mundial al logro de un determinado tipo de desarrollo a esa misma escala.

SUBDESARROLLO

El problema, en toda su crudeza, lo podríamos plantear con el Banco Mundial en los siguientes términos: en los cinco años anteriores a 1967 y para el conjunto de países en vías de desarrollo, el crecimiento anual de la población registró un promedio del 2,4 por 100, mientras que el de la expansión económica solamente llegó a la cota del 2,3 por 100. Estos porcentajes medios, sin embargo, ocultan desigualdades: en ese quinquenio, el bloque de países más pobres de Europa desarrolló el aumento de su producción al ritmo del 5,7 por 100 anual; pero el Próximo Oriente sólo lo hizo al de 3,9 por 100; Asia Central, al del 2,3 por 100; Latinoamérica, al 1,7 por 100; Asia Meridional, al 1,4 por 100. Más datos: durante los últimos veinte años, la renta por habitante de los dos tercios de la Humanidad no ha crecido a un ritmo superior a un dólar por año. Cerca de 400 millones de habitantes de los países pobres viven todavía hoy con menos de cuatro dólares al mes, y no hay perspectivas de que los proyectos en vigor de crecimiento económico vayan a mejorar su situación a corto plazo. El crecimiento del producto nacional bruto por habitante en los Estados Unidos en un solo año equivale al logrado por el Pakistán en cien años, en todo un siglo.

Hay algo muy grave que no funciona a escala internacional. Y la utopía (y la esperanza) nos empujan a afrontar la cuestión demográfica atacando el desequilibrio de los actuales esquemas de desarrollo (económico, social, cultural, político). Es antiutópico, conservador, rutinario, paralizante, conformista con las actuales injusticias, el querer eliminar el epifenómeno sin el esfuerzo por exponer al sol, para que mueran, sus raíces más profundas. Por demás astuta, pero servil al sistema, es, por ejemplo, la propuesta del premio Nobel de Medicina, el americano Crick: que los Gobiernos de los países pobres, pero prolíferos, obliguen a añadir clandestinamente en los alimentos polvo de píldoras o sustancias anticonceptivas. ¿Sonreiría complacido desde su retrato Alfred Nobel, el primero que se hizo millonario con la producción y venta de dinamita?

MATERIAS PRIMAS Y SOLIDARIDAD

Quiera Dios que estemos hoy viviendo un momento importante que avive nuestra utopía (y nuestra esperanza). Me refiero al momento que ha tenido su expresión calificada en la reciente Asamblea extraordinaria de las Naciones Unidas sobre materias primas. La reciente crisis del petróleo ha puesto de manifiesto la fortaleza potencial de los países pobres como productores de materias primas. Los países industriales no tenían a punto una solución de recambio para sustituir al petróleo, y han sufrido duramente el impacto, primero del embargo y segundo del aumento de

los precios de los crudos. Otro tanto podría suceder con otras materias primas esenciales, como el estaño, el cobre, la bauxita, el café, el azúcar, la madera, etc. Así, desde la tribuna de la O. N. U., el Presidente argelino, Houari Boumediene, ha hecho un llamamiento a los países subdesarrollados para que sigan el ejemplo de la O. P. E. P., para que constituyan un frente común capaz de imponer su voluntad a las naciones industriales y a las compañías multinacionales, por quienes han sido explotados hasta el presente. A la vez reclama la ayuda de esos países industriales para con el Tercer Mundo. Es importante y matizado, p. ej., el siguiente párrafo de su discurso: «... se trata de saber si (las naciones industriales) han tomado conciencia de que su futuro no podrá estar dissociado del de los pueblos del Tercer Mundo... Si los debates y las decisiones de esta Asamblea pudieran darnos la esperanza de alcanzar tal resultado, entonces, el desarrollo de los pueblos del Tercer Mundo y su éxito sobre la miseria, la enfermedad, el analfabetismo y la inseguridad, serían no la revancha de los países pobres sobre los industriales, sino la victoria de la Humanidad entera.» Conciencia de fortaleza, posibilidad real de una solidaridad entre los países pobres enormemente más operativa y eficaz que hasta el presente, invitación a los países ricos a colaborar, pero no como quien pide una limosna (de esto están hartos), sino como quien razonablemente se arriesga a negociar en plano igualitario, es la nueva actitud de un numeroso grupo de países en vías de desarrollo productores y vendedores de materias primas. Este es el fenómeno que, si prospera, puede dar un cambio copernicano, para bien, al actual esquema de las relaciones internacionales entre las naciones ricas y las naciones pobres. Algo que puede ser tan importante como lo fueron las asociaciones de proletarios en sus reivindicaciones sociales frente al patrono y el capital.

MERCADOS INTERVENIDOS

En el comercio mundial, la injusticia se ha centrado en el deterioro permanente, particularmente desde 1950, de la relación de intercambio entre las materias primas y los productos manufacturados. Con lo cual el mecanismo de los precios ha operado una redistribución a la inversa, es decir, a favor de los países ricos, cada vez más ricos, y en contra de los países pobres, cada vez más pobres. Que ésta ha sido y es una de las claves de las actuales injusticias lo ha debido comprender el ministro francés de Asuntos Exteriores, Michel Jobert, cuando en la misma Asamblea de las Naciones Unidas proponía «organizar la solidaridad de nuevas economías» bajo la autoridad de la O. N. U., «que publicaría regularmente un precio medio ponderado, referencias mundiales conocidas y aceptadas por todos, para todas las materias primas». He ahí la propuesta de unos mercados mundiales intervenidos por la O. N. U., que podría conducir a una mayor realización de la jus-

ticia a escala internacional; a escala nacional así está demostrado puede ocurrir, p. ej., con la intervención por el Estado de los precios de los productos agrícolas en relación con las justas reivindicaciones del campesino.

* * *

Si, como muestra el panorama mundial, la explosión demográfica es más bien un efecto que una causa del subdesarrollo (natalidad prácticamente de «reposición», en los países industriales; crecimiento rápido, en los subdesarrollados), esperemos que la solidaridad de los países pobres, en esta coyuntura de fortaleza, obligue a los ricos a sustituir su imperialista estrategia de propaganda anticonceptiva en el Tercer Mundo, por una sustanciosa colaboración en el desarrollo de este último. Así lo queremos ver desde nuestra utopía (y esperanza).